

Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños/as y jóvenes

Lic. María Celeste Hernández (mcelestehernandez@gmail.com)

CONICET-UNLP / IDAES, UNSAM

Lic. Josefina Cingolani (cingolanijosefina@gmail.com)

UNLP

Dra. Mariana Chaves (mchaves@fcnym.unlp.edu.ar)

CONICET - UNLP / UNTREF

Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, Facultad de Trabajo Social. UNLP

Espacios heterogéneos

En el año 2010 un investigador francés vino a un congreso en la ciudad de Buenos Aires, nos habíamos conocido en una visita anterior, y ahora quería visitar La Plata. Deseaba conocer el lugar donde trabajábamos, del que le habíamos hablado como espacio de nuestro trabajo de campo con niños, adolescentes y jóvenes¹ en condiciones de pobreza. Lo buscamos en la terminal de ómnibus local, él venía de Buenos Aires, y fuimos en el auto hasta el barrio. En el trayecto dejamos atrás la simetría que ordena la cuadrícula fundacional de la ciudad, para ir entrando en zonas donde el proceso de suburbanización no se ajustó a los parámetros higienistas, lo que deja en evidencia la estructuración desigual de la ciudad, marcada en muchas ocasiones como el adentro y el afuera de la ciudad (Segura, 2010).

Llegamos al barrio y empezamos a caminar. Hacía mucho calor. “No es como me lo imaginaba”² dijo. “No es un barrio pobre” agregó cuando íbamos por la tercera cuadra andando por la calle sin veredas. “¿Qué imaginabas?” le preguntamos. “Una villa” dijo, dejando a la vista una *estereotipación* común sobre la pobreza en Latinoamérica (Hall 1997); y comenzó a enumerar las características que construyen esa representación: “casas apiñadas, pasillos, madera, chapas, superpoblación, hacinamiento”. “En este barrio hay pobres, pero no es una villa. No todos los pobres viven en villas o asentamientos”

¹ De aquí en más se utilizará la sigla NAYJ para referirnos a niños, adolescentes y jóvenes.

² Adoptamos como formato de estilo las comillas para palabras textuales de entrevistados o conversaciones de campo, y las cursivas para términos de referencia científica.

comenzamos a explicar para cuestionar la *tipificación estereotipada* que de la pobreza en Argentina tienen en otros lugares -y a veces también acá-, mientras seguíamos avanzando por las calles de tierra bordeadas de zanjas con agua estancada. En el espacio delantero de las casas algunos vecinos tomaban tereré a la sombra. Si el espacio físico se superpone de manera *turbia* (Bourdieu, 1999) con el espacio social, este barrio ejemplifica este carácter cada vez que las distancias sociales no se corresponden con estar lejos físicamente. La trama urbana encontrada ha permitido poner en duda el lugar de los estereotipos clasificadores de la pobreza que producen otredades absolutas y geografías homogéneas – por ejemplo la villa- (Hall, 1997).

Que el espacio físico y social no se superpongan en términos de homogeneidad habilita los calificativos heterogéneo y desigual para describir el barrio desde una perspectiva sociourbana. Un ejemplo es la diversidad en términos de construcción y habitabilidad. La diferencia en los tipos de materiales utilizados para la construcción de las viviendas se puede observar en una sola cuadra: casas con paredes de mampostería y techos de chapas o tejas, junto a casas de paredes de madera, sin baldosas en los pisos, y chapas de cartón o zinc en el techo (“casillas”). Unas con el baño adentro de la vivienda, completo, con inodoro y ducha, otros solo un retrete, y varios con el baño fuera de la casa, la mayoría con agua hasta adentro de la casa, por cañerías declaradas o sin declarar, otras con solo una canilla en el hogar.

El barrio forma parte de la Delegación Municipal Villa Elvira, una de las 18 que conforman el Partido de La Plata. Luego del Casco, Villa Elvira es el Centro Comunal que aloja la mayor cantidad de habitantes según el Censo Nacional de Población y Vivienda que para 2001 contaba 59.476 habitantes³. Esta delegación es uno de los casos que permite ver la expansión paulatina de la urbanización por fuera del casco fundacional hacia el sudeste por avance sobre zonas rurales. Los índices socioeconómicos para el conjunto del Centro Comunal muestran un panorama de peores condiciones que el del Casco, y por debajo del promedio del partido. Si consideramos como indicador las Necesidades Básicas

3 Datos elaborados por la Dirección de Estadística y Evaluación de Programas Especiales. Municipalidad de La Plata. A partir del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda 2001. (www.estadistica.laplata.gov.ar). A la fecha de la ponencia siguen sin estar disponibles los datos del censo 2010 desagregados por partido y por delegación que permitirán actualizar y contrastar tal información

Insatisfechas (NBI) ⁴, en Villa Elvira, de los 16.418 hogares, 13.955 no presentan NBI, mientras que aparecen en 2.464. En términos porcentuales hay necesidades insatisfechas en el 17,1% de su población, cifra que se encuentra por encima del promedio del partido (12,8%), y que en el Casco desciende a 2,1%. Cuando se mide la pobreza por el índice de Privación Material de los Hogares, el 63,9% no presenta privación y el 36,1% restante presenta distintos tipos ⁵. Completando esta imagen generalizadora podemos agregar que un 32,36 % de la población figuraba como ocupada en 2001, de la cual el 40,8% se desempeñaba como obrero o empleado del sector privado, un 36,8% lo hacía en el sector público y el resto principalmente como trabajadores por cuenta propia. Por último, en cuanto a las estadísticas educativas el panorama de aquel momento daba cuenta de que el 34,5% de sus habitantes asistían a establecimientos educativos, mientras que la población que no asistía se dividía en dos, por un lado el porcentaje de habitantes que concurrían a la escuela y habían dejado de hacerlo (61,2%) y por otro aquellos que nunca habían asistido (4,3%).

La inclusión de estos datos puede colaborar para construir un panorama general siempre y cuando tengamos presentes los parámetros para la comparación. Para nuestro interés, el problema de esta información es que su lectura no permite ahondar en las características propias del barrio en estudio no solo porque no hay desagregación por barrio dentro de las cifras por delegación, sino además porque estos números homogeneizan las diferencias y desigualdades internas de la delegación municipal a partir de la construcción de promedios entre habitantes con vidas disímiles. No se han construido datos estadísticos para el barrio, no lo hemos hecho en nuestra investigación y localmente, como dijimos, las estadísticas

⁴ Los hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas son aquellos que presentan al menos uno de los siguientes indicadores de privación: a- hacinamiento (hogares que tuvieran más de tres personas por cuarto); b- hogares en una vivienda de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria u otro tipo, lo que excluye casa, departamento y rancho); c- (hogares que no tuvieran ningún tipo de retrete); d- (hogares que tuvieran algún niño en edad escolar (6 a 12 años) que no asistiera a la escuela); e- (hogares que tuvieran cuatro o más personas por miembro ocupado y, además, cuyo jefe no haya completado tercer grado de escolaridad primaria). Según metodología utilizada en "La pobreza en la Argentina" (Serie Estudios INDEC. N° 1, Buenos Aires, 1984).

⁵ Distribuidos 16.1% de recursos corriente (se asocia con la insuficiencia del flujo monetario que sirve para cubrir necesidades de consumo inmediato, como aproximación se utiliza la capacidad económica de los hogares); 10.1% patrimonial (se asocia con la imposibilidad de acumular capital físico o humano, como aproximación se utilizan las condiciones habitacionales) y 9.9% convergente (la simultaneidad de las anteriores en un mismo hogar).

solo se desagregan hasta la escala de Delegación. De todos modos, creemos que algunos datos, como decíamos si bien no son específicos, son útiles para caracterizar Villa Elvira en comparación con el contexto de la región y dar cuenta de las desigualdades que se presentan en el partido.

Para observar de qué manera se distribuyen los datos al interior de la zona se hace necesario *andar por el barrio*. En ese andar transitaremos calles de asfalto y de tierra que se entrecruzan, y veremos algunos predios baldíos -cada vez menos-, lo que pone en evidencia que el espacio construido no está totalmente consolidado. Como indicamos previamente, en una misma cuadra podemos encontrar consecutivamente viviendas de materiales caros, con otros más inestables, casas de madera de una sola pieza, chalets de tres habitaciones, o viviendas autoconstruidas con paredes de ladrillos y cemento –esto es la mayoría-. Algunas totalmente terminadas, otras en proceso, de reciente hechura, o con muchos años. La infraestructura de servicios se distribuye sin planificación previa desde las empresas o el estado, generando una imagen de aleatoriedad en su disponibilidad. El tipo de acceso puede estar determinado por el pago o no, y la calidad de los servicios puede ser diferencial si se trata de conexiones registradas o no (agua, electricidad, televisión por cable). En nuestras investigaciones en el barrio solo trabajamos con niños/os, jóvenes y familias en condiciones de pobreza del barrio, en ellos se centran nuestras etnografías y son el insumo para este capítulo.

El *barrio así andado* nos permite por algunos aspectos y relaciones ubicar a las personas en el espacio social, identificando distribuciones de posiciones desiguales. La reflexión sobre aquellas manzanas donde separados sólo por algunos metros se ubican familias socialmente distantes, se ilumina con los planteos de Alicia Gutiérrez (2007) quien, desde una perspectiva relacional para el análisis de la pobreza, reconoce que el valor que adquieren los capitales en cada caso, lejos de tomarse como esencia, existen y deben considerarse desde su importancia en un contexto estructural determinado. Retomando su propuesta indagamos sobre los habitantes del barrio en relación a los capitales que poseen (sociales, económicos, culturales y simbólicos).

Por ejemplo en relación a la escolaridad (capital escolar) algunos jóvenes y adultos tienen estudios universitarios, mientras otros sólo cursaron algunos años en la escuela primaria.

Hay familias que pertenecen a sectores medios, o son el resultado de procesos de descenso social, hoy empobrecidos respecto al pasado familiar y otras que han mejorado su calidad de vida porque antes la pobreza era mayor. Las trayectorias de vida familiares, así como las relaciones sociales que establecen sus miembros por haber trabajado, pasado por determinadas instituciones, mantener relaciones de amistad o de parentesco moldean el capital social.⁶ La posición social de los grupos familiares y personas con que trabajamos debe pensarse también en relación a otros clivajes que emergieron con relevancia, como el género, la edad y la nacionalidad.

El capital económico de los habitantes se relaciona a sus puestos de trabajo, que en algunos casos son registrados y permanentes, mientras que en otros se trata de trabajos irregulares y en general del tipo no registrado. Hay casos en que los habitantes son propietarios de los terrenos y viviendas, mientras que en otros no, encontrándose en condición de inquilinos, ocupantes o a préstamo tanto del terreno como de la casa. La disponibilidad de terrenos, y la posibilidad de adquirir o alquilar viviendas a bajo costo, han propiciado el traslado de personas vinculadas entre sí por lazos de parentesco o lugar de origen, haciendo que los vecinos sean además - en muchos casos-, integrantes de un mismo grupo familiar o provenientes de una misma región.

“Somos pobres, pobres, así que no tenemos ni un peso” explicó Juliana (16 años⁷), una de las chicas del barrio. Esta es una percepción de la ubicación del sujeto en un sistema que arma posiciones diferenciales según el dinero que se posee. La autopercepción de la condición de pobreza y el lugar donde se ubican en relación a otros, se habilita por la experiencia de la desigualdad, de la diferencia conocida de cómo es la vida de otros y de cómo fue/es/o podría ser la vida propia si se tuviera, por ejemplo, más dinero. El desencuentro entre la percepción espacial de la pobreza del colega francés, la de estas investigadoras y la de Juliana, nos sirve como ejemplo para mostrar que las imágenes sobre las posiciones sociales suelen incluir una representación de determinada forma espacial. En

⁶ Según Gutiérrez, “de la gama de recursos posibles, el capital social aparece como uno de los más importantes a la hora de analizar situaciones de pobreza” (2007:21)

⁷ Se coloca la edad biológica-cronológica como dato que pueda servir para un ejercicio comparativo con las concepciones hegemónicas sobre los grados de edad que pueda atravesar al lector. No hay correspondencia universal entre este dato de del paso del tiempo y la biología con las experiencias de la edad o el procesamiento social de la edad.. Un abordaje antropológico por tanto, requiere problematizar estos datos para ahondar en el carácter socialmente construido de la niñez y la juventud (James, Jenks y Prout, 1998).

el caso de la pobreza en Argentina se estereotipa, por ejemplo, en las unidades residenciales del tipo villa. En este estereotipo la condición de pobreza se acompaña con una determinada *espacialidad*⁸ es decir, se asocia con una serie de suposiciones sobre la organización del espacio, usos y *modos de habitarlo*⁹. No desconocemos las condiciones materiales de los lugares de residencia, pero el intento analítico es, a ese conocimiento, generalmente definido desde “fuera” del barrio ponerlo en diálogo con un punto de vista nativo. Esto implica tener en cuenta las miradas, deseos o pesares de las personas que allí viven, así como su definición de las condiciones de vida y su espacialidad. Para ello desarrollamos una mirada etnográfica *de cerca y de dentro* (Magnani, 2002) problematizando los modos de habitar, y enfocadas en la dimensión etaria, pero sin olvidar la presencia de las dimensiones clase y género que también arman diferenciaciones en las vidas cotidianas estudiadas.

Como indicamos en párrafos anteriores nuestras etnografías están hechas junto a niños, niñas, adolescentes y jóvenes de grupos familiares que pertenecen a los sectores más pobres del barrio, y producimos los datos en un cruce entre prácticas de investigación y de participación en una organización social¹⁰. Tenemos como un objetivo de nuestros estudios interpretar sus modos de ver, hacer y sentir la ciudad, en ese camino ya hemos identificado que el barrio ocupa un lugar central en su cotidiano, donde transcurren tiempos y espacios en un constante ver y ser visto (Chaves, 2009, 2011; Hernández y otros, 2010). Optamos

⁸ Trabajaremos con la noción de espacialidad en el sentido que la utilizan Alicia Lindón (2005, 2006) y Sherry Ortner (2005).

⁹ Como categoría analítica *modos de habitar* está retomada del trabajo de Michel de Certeau (2000).

¹⁰ En el caso de la colega que trabaja con jóvenes, Mariana Chaves, había sido miembro de “la casa de los niños” coordinadora de una actividad artística recreativa durante 3 años, pero no hacía investigación en ese territorio. Fue con posterioridad, en el año 2010, que al iniciar como acción político-social el emprendimiento “Casa joven B.A.” decide trasladar su referente empírico a este mismo territorio, en coincidencia con el estudio de jóvenes en condiciones de pobreza que había iniciado un año antes. Uniendo de esta manera el territorio de intervención con el de investigación, y proponiendo, además de la etnografía y entrevistas, estrategias de construcción de datos en espacios colectivos con las y los adolescentes y jóvenes. En el caso de Celeste Hernández, su incorporación al espacio de biblioteca de “la casa de los niños” se realizó en paralelo al inicio de su investigación (fines de 2008), pensando desde el principio en la doble tarea de ingresar al barrio y contactar a los niños desde este lugar, y al mismo tiempo realizar trabajo comunitario como forma participar en procesos de restitución de derechos. La tercera autora de esta ponencia, Josefina Congolani, es miembro del equipo de investigación, pero no ha participado de las tareas en las organizaciones que aquí se describen. Nuestro doble papel de investigadoras y activistas, construyó un formato de antropólogas “voluntarias” o, según desde donde se nos nombre, militantes sociales con mirada etnográfica. Esto ha posibilitado aportes recíprocos entre una y otra tarea que sólo podemos escindir analíticamente y que nos ha llevado a algunas reflexiones político científicas y metodológicas (Bover et al, 2011; Chaves et al, 2011). En nota al pie que sigue se explican las “casas” de bebés, niños y joven.

luego de estos resultados por referirnos al barrio como un espacio denso, que condensa e intensifica las relaciones entre las personas que lo habitan, y cuya densidad es mayor aún si consideramos que a muchos de ellos les alcanzan los dedos de las manos para contar las veces que “salieron del barrio” o fueron “al centro”.

Andar por el barrio

Reunidos en la esquina, frente a la escuela, nos mira un grupo de chicos conocidos. Desde la verdulería saluda la tía de Rocío y luego nos cruzamos con dos de sus hijos que llevaban una jarra de plástico en dirección a su casa. Llegando a la entrada del pasillo, sorteando las chapas ubicadas sobre el suelo embarrado por las lluvias de los últimos días, una de nosotras entra con intención de visitar a una de las familias con las que hacemos trabajo etnográfico. Nos encontramos con Rocío (10 años), que había ido a la escuela a la mañana, y ahora salía apurada a buscar a su hermano menor. La jornada en la “casa de los bebés”¹¹, donde el pequeño asiste diariamente ya había finalizado, y a Rocío por mirar televisión se le había hecho tarde para ir a buscarlo. Iba preocupada pensando que su mamá la retaría si volvía de trabajar y se enteraba que se había demorado tanto en buscarlo. Ofrecimos acompañarla y salimos hacia la calle sorteando nuevamente los charcos de agua del pasillo.

¹¹ En lo que se conoce como Barrio Aeropuerto (B.A) se ubican tres emprendimientos sociales de una organización social que trabaja con niños, adolescentes y jóvenes desde hace más de 25 años, contribuyendo a achicar la brecha en la efectivización de derechos de los chicos y chicas, y así mejorar las condiciones de vida de ellos y sus familias según su fundamentación. La organización se compone de un hogar convivencial, un centro de día y cuatro emprendimientos productivos ubicados en otros barrios, y tres centros de día en el barrio en el que estamos trabajando. Todos estos emprendimientos forman parte del Sistema de Promoción y Protección de Derechos de Niños, niñas y adolescentes que articula la Subsecretaría de Niñez y Adolescencia del Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires en la implementación de la Ley Provincial 13.298. Se trata de un sistema donde el estado terceriza –para decirlo de algún modo- la atención de los chicos en organizaciones sociales o fundaciones, financiando parcialmente el funcionamiento y monitoreando el trabajo. Los centros de día nombrados en este trabajo, están ubicados a unas cuadras uno de otro, como ya dijimos, en el mismo barrio. Uno es conocido como “la casa de los bebés”, y está destinado a niños desde su nacimiento hasta los cinco años de edad. El otro es “la casita” o “la casa de los niños”, donde van los que tienen entre 5 y 12 años. Y finalmente “la casa joven” donde participan adolescentes y jóvenes a partir de los 13 y hasta los 18 años. A los tres centros se asiste algunas horas diarias realizando actividades de recreación y educativas, reciben alimentación y asistencia para la resolución de vínculos con el estado (trámites, juicios, documentación, salud, entre otras). Los espacios institucionales poseen uno o dos coordinadores y adultos educadores (término empleado por los integrantes de la organización para referir a los adultos que trabajan con los chicos, posee un vínculo de sentido con la noción de educador popular).

Sentada sobre un banco en la vereda de la casa de adelante, estaba Diana (11 años), con su hermano bebé en la falda. Junto a ella jugaban a las bolitas dos de sus hermanos y otros niños que viven del otro lado de la calle. Al vernos preguntaron dónde íbamos, y tras la respuesta de Rocío, seguimos ligero nuestro camino. En la esquina nos encontramos con Romina (11 años) que venía caminando en el sentido opuesto, ya había cumplido con la tarea asignada, y regresaba a su casa con su hermana pequeña de la mano. Después Rocío saludó a una señora mayor que tomaba mate junto al cerco de su vivienda: "le dicen la abuela, a veces nos regala cosas cuando le vamos a hacer los mandados" explicó. Seguimos por otra calle, una joven ordenaba objetos en el patio de su casa junto a su hermano menor, nos saludó al pasar preguntándole a Rocío por su hermana mayor. Al llegar a la "casita" entró a buscar a su hermano. Leandro (2 años) sale descalzo con las zapatillas en una mano y un pedazo de pan en la otra, la mujer que cuidaba la puerta nos hace un comentario, la saludamos y nos vamos.

Leandro camina unos pasos detrás nuestro observando todo lo que pasaba a su alrededor. Se distrajo viendo hacia atrás a un grupo de hombres que volvían a sus viviendas con ropa de trabajo, y si no fuera por la advertencia de su hermana que no dejaba de mirarlo casi se cae en una de las zanjas. Permaneció un momento en una montaña de tierra y basura conversando con algunos hombres. Rocío lo esperó sin prestar mucha atención, y cuando terminó su charla seguimos caminando. Al llegar al pasillo nos encontramos con Darío (8 años), otro de los hermanos, que volvía de "la copa de leche"¹² haciendo equilibrio con una pesada olla. Al vernos saludó preguntando si ese día iríamos a la plaza.

En la cuadra donde viven Rocío y sus hermanos viven muchos niños, pero los vínculos más estrechos los establecen con quienes van a su misma escuela primaria, "la del barrio", con ellos caminan juntos a los centros de día¹³ y se acompañan a buscar la merienda. También es con quienes comparten los espacios públicos cercanos a sus casas, o con quienes entran y salen de ellas. En la misma cuadra viven más niños pero su infancia transcurre en espacios

¹² Se nombran de este modo acciones colectivas organizadas en los sectores populares que ofrecen alimento en un territorio. Mayormente están liderados por mujeres, muchas funcionan en sus propias casas, algunas tienen locales solo para eso o usan edificios de otras instituciones del barrio (clubes, iglesias). Brindan cualquiera de las comidas del día, en general solo una y en los últimos tiempos en modalidad de vianda para llevar a la casa.

¹³ Ver nota 11 sobre centros de día.

diferentes a los de Rocío: no van a las escuelas del barrio, no se aprovisionan de comida en organizaciones, quizás realicen trabajo doméstico, pero no quedan a cargo de sus hermanos, y cuando están en el barrio permanecen dentro de sus casas. “Tienen más plata” explica Juliana, en el marco de aquella conversación sobre los que vivían en el barrio.

“El barrio” puede significarse distinto según la posición que el enunciador tiene en la estructura etaria¹⁴. Por ejemplo, el barrio como lugar practicado por los niños y niñas con los que trabajamos es equivalente a “la cuadra” en la escala espacial de los adolescentes y jóvenes. El “afuera” de la casa se construye como la misma frontera para ambos grupos de edad, pero el “afuera” del barrio es muy distinto, porque como dijimos, el tamaño y la forma del “barrio” para cada grupo era diferente. Al mismo tiempo el “barrio” no denota solo espacio material, lugares y metros de distancia, sino que también nombra un espacio social de pertenencia demarcado por las relaciones que suceden en él: “el barrio es el lugar donde están mis amigos”, “es el lugar del que soy y al que defiendo”, “es mi familia”, “donde juego” y donde puedo ser y estar.

En una vivienda con muchos integrantes, las tareas domésticas son varias. Es frecuente que los chicos, y mayormente las chicas, colaboren en la limpieza y se ocupen del cuidado de los más pequeños. El uso del tiempo y del espacio de quienes tienen a su cuidado a los más chicos se debate entre responsabilidades y deseos, y da lugar a tensiones que los cuidadores resuelven en muchos casos incorporando a los pequeños a sus actividades. Así por ejemplo, Carina (8 años) conoce una de las plazas más distantes en la zona porque allí se reúnen sus hermanos adolescentes con sus amigos, y como ella suele quedar a su cuidado la llevan a donde vayan. La niña contaba que al llegar se va a los juegos y se queda ahí con otros chicos, mientras sus hermanos juegan al fútbol o conversan con los demás. Luciano (10 años) en varias oportunidades fue al centro de la ciudad con su hermano en el marco de salidas de varones más grandes, que a veces se pelean, y que él recordaba con orgullo porque participó defendiendo a los del barrio. Estos son ejemplos donde se amplía el espacio de circulación para los niños en compañía de alguien mayor. Esta experiencia del espacio junto a otros puede involucrar a padres, madres, pero en múltiples ocasiones son los

¹⁴ Tenemos como referencia las conceptualizaciones de Evans-Pritchard (1977) sobre la relación entre espacio y sociedad, y de Merklen (2005) sobre los múltiples significados que puede adoptar el “barrio”.

hermanos o primos mayores los que hacen posible el andar por un “barrio” que se va haciendo a medida que se crece cada vez más extenso.

El hecho de pasar buena parte del día en el espacio público caracteriza a la infancia y juventud de los sectores más pobres del barrio. Lo habitan en ese andar, conociendo lugares y conociéndose. En ese transitar también se hacen cuerpo las distancias sociales cuando la atención de los niños se dirige a las casas de mayor porte, con portones eléctricos, o cuando la mirada, tanto de ellos como de los adolescentes, se dirige a motos o autos nuevos, a los cuales –o junto a los cuales– se toman fotografías. Los espacios de vida se amplían caminando con otros, pero en el mismo proceso no sólo se recorren distancias mayores, sino que se abren nuevos espacios de sociabilidad.

Para los adolescentes, en el cruzarse con otra persona parecería que se juega el lugar que cada uno tiene en el barrio. Lugar en términos de posiciones, fama, prestigio y reconocimiento. Hay una diferencia de género marcada en algunas formas de transitar la calle entre mujeres y varones adolescentes y jóvenes. En los varones cabría una interpretación en términos de construcción de masculinidad a partir de territorios de dominación. El cuerpo adopta un tono de ir alerta, se eleva el volumen de la voz y se va por la calle ocupando un amplio espacio en el intento de que sean los vehículos los que se corran y no el peatón. Pueden ir arrojando piedras a distintas cosas, o golpeándose entre ellos en un juego de manos y patadas que los hace reír, insultar y avanzar con complicidad. Si se cruzan con chicas les silban o dicen cosas, en general con comentarios inscriptos en seducciones que incluyen frases sexuales explícitas o palabras que nombran la posesión que se quiere hacer sobre la mujer, en un imaginario de expresión de los deseos que ellos suponen que ellas tienen, y también sobre diacríticos de belleza por ellos valorados. Cuando no son de su agrado, se los hacen saber. Por su parte las chicas los ven venir y parecen prepararse para escuchar, sin saber si será a favor o en contra de su imagen femenina. Su tono muscular se tensa, pero creando algunas veces una representación de timidez: bajan la cabeza, los miran de reojo. En otros casos, miran a alguno en particular, sonrían o se mantienen altivas pasando a su lado como si ellos no estuvieran ahí. Las prácticas de cortejo están llenas de vericuetos comunicacionales, desencuentros de señales o concordancias. Los cruces son múltiples en el espacio barrial, se continúan en las escuelas

—porque van a la misma o porque van a las puertas de otra para verse-, en las “jodas”¹⁵ que hacen en las casas o en las salidas a bailes o bares.

El atardecer le imprime otra dinámica al barrio. Al bajar el sol los más chicos comienzan a preocuparse por regresar a casa, “se está haciendo de noche” repiten mientras apuran el paso. Varias tardes, en su casa, Darío (8 años) nos señalaba la ventana para indicar que se hacía de noche, y por tanto que tendríamos que regresar a nuestras viviendas. Los temores asociados a la oscuridad, que se profundizan en las zonas en que el alumbrado público está ausente, limitan el uso del espacio que va quedando gradualmente vacío. Hacia la hora de la cena los niños y adolescentes tienen que estar en su casa. Ese mismo anochecer, que para ellos significa meterse adentro, para otros habitantes del barrio marca el inicio del estar afuera: da comienzo al tiempo de la ocupación de la esquina por varones jóvenes más grandes (en general mayores de 18 años) que los que participan de nuestra investigación. “Esa” esquina, cruzando la calle de la casa de Darío, es donde se juntan “los pibes de la esquina”, y son foco de atención de quienes conviven cotidianamente con ellos. Permanecen hasta la noche conversando, observando el movimiento de la calle, fumando o consumiendo alcohol. Sus prácticas son centro de atención de quienes viven en las proximidades y se generan interacciones que son tematizadas en los relatos. Los adultos, como los niños y otros jóvenes, los conocen por sus nombres, muchos de ellos “nacieron en el barrio” y al igual que para otras personas, muchos de los vecinos pueden contarnos la red de parentesco en la que se inscriben, conocen sus lugares de residencia, y están al tanto de sus acciones. En una combinación de miedo y respeto, la mayoría evita intercambiar con ellos palabras o miradas, pero su presencia no pasa inadvertida.

El discurso de la seguridad emerge en relación a estos jóvenes de la esquina en dos formatos: como protección y como peligro. Para este último caso, Mirta (31 años), mamá de 7 hijos, relata su deseo de cambio en relación a “la seguridad de los muchachos que se juntan en la esquina, eso me gustaría que el día de mañana cambiara”, alega que “no es buen ejemplo para los chicos chiquitos” y argumenta que “uno tiene que estar explicándole a los hijos qué hacen, qué no están haciendo, que por qué, si está bien o está mal, tenés que

¹⁵ Joda: es Argentina y Uruguay significa diversión. En el caso de los y las jóvenes se circunscribe según este contexto de enunciación a juntarse en una casa con amigos, escuchar música, beber y bailar.

estar vigilando”. Su comentario se amplió con el relato de una serie de robos a viviendas vecinas en ausencia de sus propietarios y el cuidado que debían tener para evitar que sus casas quedaran solas bajo la hipótesis que habían participado “los de la esquina”. Otro vecino contó las peleas por los robos, y las amenazas que continuaban vigentes sobre los jóvenes de parte de hombres adultos cuyos hogares habían sido violentados supuestamente por ellos. Por otro lado el formato de la protección, se torna visible en el discurso de otra mamá, Griselda (28 años) quien afirma que a pesar que “son juntas malas” para sus hijos, “los pibes esos que paran en la esquina los hacen respetar a los chicos. Ponele, las nenas, que nadie les venga de otro lado a decirles nada, que nadie se pase porque ellos enseguida lo ubican al que se pasó”. En esta forma de utilizar el espacio público también vislumbramos la cuestión de la dominación territorial masculina que se menciona para otra situación en párrafos anteriores

La presencia de “jóvenes grandes” en la esquina, a diferencia de otras situaciones en que personas pertenecientes a diferentes grupos etarios comparten un mismo lugar, pone en evidencia un conjunto de representaciones y valores sobre el uso del tiempo, la comercialización y consumo de drogas y alcohol, el trabajo, las relaciones de género, y la productividad de los sujetos, para los que todos tienen una narración elaborada. Muchos adultos lo hacen colocando a estos jóvenes en un tiempo-espacio-acción alejado de las proyecciones para sus hijos, es el lugar al que no hay que ir, en el que no hay que estar, y mucho menos “terminar ahí”. Para algunos jóvenes más chicos, estos “viejos” representan en parte lo que no se quiere hacer mañana si es que se reconocen practicas delictivas en ellos, o lo que sí puede y quiero sea mi vida en el futuro: salir de trabajar, volver al barrio, tomarse una cerveza con los amigos, fumar unos cigarros, charlar, joder un rato y luego ir a dormir para laburar de nuevo al otro día.

Para avanzar en términos analíticos sobre la comprensión del uso y la construcción de los tiempos, espacios y circuitos construimos una tipología sobre los distintos papeles que las personas cumple, por un lado los espacios por los que los niños/as y jóvenes del barrio transitan cotidianamente, y por el otro las actividades que allí realizan. Tomamos como base el trabajo de Ulf Hannerz (1993) quien denomina repertorio de papeles a los tipos de participaciones situacionales intencionadas que constituyen la ronda de la vida de un

individuo, e inventario de papeles a la totalidad de tipos de participaciones que se presentan entre miembros de una comunidad o una sociedad. Para el caso de la ciudad occidental moderna, el autor realiza una distinción entre cinco dominios o ámbitos, cada uno de los cuales contiene numerosos papeles: 1) doméstico y de parentesco; 2) de aprovisionamiento; 3) de recreación; 4) de vecindad y 5) de tránsito.

Tomando este modelo realizamos nuestra clasificación distinguiendo cinco ámbitos (diferentes en parte a los propuestos por Hannerz) y en cada uno de ellos una serie de lugares y actividades realizadas por los niños/as y jóvenes del barrio:

1. **Ámbito institucional:** las escuelas, la “casita”, copas de leche, comedores, iglesia y templo.
2. **Ámbito doméstico o de parentesco:** casa propia y de familiares.
3. **Ámbito de aprovisionamiento:** casas o comercios donde van a pedir alimentos o trabajar (cuidar niños, limpiar, cortar pasto, cuidar caballos), la casa propia o de familiares o amigos y las copas de leche o comedores.
4. **Ámbito de la recreación:** las propias casas, la de amigos o familiares; espacios públicos como la plaza, las veredas y las esquinas; instituciones, espacios donde juegan, escuchan música, andan en bicicleta, pescan o cazan palomas entre otras actividades. En algunas oportunidades, con mayor frecuencia en la adolescencia y juventud van a la playa del Río de La Plata o al centro de la ciudad.
5. **Ámbito de vecindad:** Se desarrolla entre la cuadra y zonas más o menos distantes de la casa propia dependiendo de la edad, y configura gran parte de la vida en el barrio.

Los límites de la casa

Cierta gramática del espacio separa simbólicamente la casa y la calle como si fuesen dos dominios de sentidos opuestos de intimidad, afectos y relaciones personales por un lado, y por otro aquellos ordenados por los decretos, leyes y relaciones impersonales. Varios autores han discutido sobre este par categorial (Da Matta, 1997; Magnani, 1998; Da Silva y Vogel, 2007), pero sobre todo han mostrado que se trata de términos relacionales y su

definición es contextual. Agregaremos que además resultan insuficientes en tanto no alcanzan para nombrar algunas dinámicas de la construcción de los límites de “la casa”.

Las dimensiones de la vivienda en contexto de pobreza son menores, comparadas con las casas del modelo de familia de clase media y alta, símbolo sinonímico de la pertenencia a la modernidad capitalista. No hay un espacio dormitorio para cada integrante, o para separarlos por grupos de edades o género, como propone la cartografía hogareña de cierta moral hegemónica. Como tampoco en general hay un espacio de comedor, cocina y living separados, como muestran las imágenes televisivas y publicitarias. La vida cotidiana puertas adentro de la casa suburbana en la pobreza, transcurre en un intenso estar juntos, en un verse y rozarse permanente, donde la *intimidad* se construye con marcas materiales diferentes a las de otras casas. Los lugares donde el otro no puede entrar, no puede tocar o no puede mirar, puede estar señalado por lo que hay dentro de un cajón o una caja, o un límite construido por una cortina, por un ropero o por la disposición misma de los muebles. Esto lleva a que, si solo reconocemos las paredes como fronteras espaciales, no distinguimos las diferencias, y cometeremos el error de estar parados en lugares equivocados, por caso los que corresponden o no a las visitas.

Un análisis etario de las regulaciones del espacio al interior de la casa, indica que las personas con una jerarquía menor en la organización familiar, por ejemplo los hijos, y entre hermanos los más chicos, deben principalmente acatar la distribución del espacio (y el tiempo) que se les ofrece. Algunas veces esto es causa de conflictividad por la resistencia a través de distintos mecanismos de protesta o transgresión, con el cual se disputan los límites espaciales y temporales, y en ello, los límites del gobierno del otro.

Actividades como limpiar la vajilla, lavar y colgar la ropa, hacer las tareas escolares, jugar, o sentarse con las visitas a conversar y tomar mate se realizan muchas veces -si el clima lo permite-, en los espacios *por fuera* de las paredes de la vivienda, pero se sigue *dentro de la casa*. El uso de este espacio *intermedio* entre casa y calle, junto a la cercanía entre las viviendas, habilita que mientras se vive la *intimidad* del hogar sea posible observar, escuchar y conocer la vida de algunos vecinos, del mismo modo que se es observado y escuchado. Esta misma dinámica es la que ocurre adentro de las paredes si el punto de vista lo colocamos en las relaciones entre edades y géneros. Al crecer, se intentará una ocupación

del espacio, una toma de decisiones sobre el tiempo y un uso del propio cuerpo y las acciones que se realizan cada vez más autónomos. Para ese proceso se vuelve generalmente atractivo estar “afuera” (no es de todos modos posible homogeneizar), jugar en las veredas, la calle, reunirse en una esquina, ir a la plaza y salir de la casa. O quedarse dentro, pero en lo posible solo/a. Un rasgo sobresaliente de la espacialidad de los niños, diferente a la de adolescentes y jóvenes, es el lugar central que ocupa la cuadra donde se ubica su vivienda y la de sus pares. Si bien gran parte de su tiempo transcurre en el espacio público, las casas son lugares de referencia, cuyos límites parecen re dibujarse a partir de su continuo entrar y salir poniendo en tensión la dicotomía casa - calle (Thomassim, 2007). El espacio de la calle es donde se encuentran con sus amigos y con la posibilidad de entretenerse fuera de la mirada de sus cuidadores (aquí sí hay coincidencia entre los más chicos y más grandes).

En el corrimiento de los límites según sea la situación, la casa no se desdibuja para todos ni todo el tiempo. El ingreso está socialmente regulado. Los límites simbólicos de la vivienda, señalan a quienes están habilitados o no a pasar de la calle a la casa. La posibilidad de atravesar la puerta de ingreso, el alambrado, el cerco o el borde, dependerá de las confianzas, redes de relaciones y conflictos que eventualmente puedan existir entre los residentes y sus visitantes. Para niños, adolescentes y jóvenes, también rigen tales pautas pero se flexibilizan sobre todo para los más chicos. En ocasiones las relaciones entre adultos pueden influir en las viviendas que son visitadas por los NNAyJ, pero también éstos se vinculan entre ellos según su propio criterio. Esto se acentúa de forma conflictiva para los adolescentes y jóvenes que no cumplen con los imperativos que se les indican sobre el tipo de persona con el cual estar (la famosa “mala junta” declarada por los padres).

Pareciera que al crecer, no sólo se amplía la superficie del espacio material de la experiencia, como mencionamos en la sección anterior, sino que paralelamente se trazan con más fuerza los límites de la casa al reconocerse con más claridad las posibilidades de dónde entrar/salir. Además de las edades, este proceso adquiere un formato diferencial por género. Aunque entre los NNAyJ con los que trabajamos no se marquen grandes diferencias en los permisos para usar el espacio de la casa y del afuera, en las conversaciones con sus cuidadores (madres, tía, entre otros) se pone de manifiesto una idea de lo femenino vinculada al hogar y de lo masculino a la calle. Griselda (28) hablaba de una

de sus hijas “ella es... hay, no sabés lo que es... ella es re activa. Aparte hace todas cosas de varón le gusta jugar a la pelota, le gusta salir, va, viene, es así ella, toda tremenda”. La tradicional y vieja dicotomía mujer en el espacio doméstico y hombre en el espacio público se reactualiza reproduciendo jerarquías en la autonomía de los y las jóvenes en relación al uso del espacio, el tiempo y el control de los cuerpos, produciendo a lo masculino con mayor autonomía geográfica que lo femenino.

Un punto interesante para sumar al análisis de los límites de la casa, es prestar atención a los ruidos y las conversaciones que se esconden, o que se dicen sin importar quienes estén presentes. El tipo de vivienda de las familias más pobres, sus materiales y distribución, hacen que en la casa las conversaciones sean mayoritariamente compartidas por los que están presentes. En la comparación con estudios sobre sectores medios y altos, se identifican diferencias en torno a la segmentación por edades sobre lo posible/deseable de escuchar y las formas de comunicación intrafamiliar, así como se encuentran similitudes interclase en los vínculos de “incomunicación” (según el decir de los padres) entre adolescentes y jóvenes con los adultos (Chaves, 2011). En la sociedad hegemonizada por los valores burgueses se ha avanzado en una paradoja donde a la segmentación por edades de lo posible de decir y escuchar, se le ha superpuesto una indiferenciación etaria a través de la masificación de productos culturales que permiten un consumo multietario por un lado, y de la entrada, también masiva, de algunos “nuevos integrantes de las familias”: la radio, la televisión e Internet por el otro.¹⁶

Tanto en el caso de las mediaciones tecnológicas como en los dichos en la casa se abre la posibilidad de circulación de informaciones y palabras entre personas de distintas edades. Estas enunciaciones parecieran tensionar los límites etáricos de lo que se puede o no escuchar, decir, compartir, saber, opinar, divulgar. Independiente de los sentidos que cada actor en relación a sus experiencias de vida pueda otorgar a lo escuchado, la disponibilidad de información ocurre y aquí nos interesa en tanto enciende interrogantes por la construcción de las alteridades etáricas. Por un lado, porque hablaría de un modo de crianza donde los límites no necesariamente siguen un modelo de regulación que se flexibiliza al

¹⁶ Sobre esta discusión es recomendable el artículo de Cristina Corea “Los Simpson o la caída del receptor infantil” (1999)

aproximarse a la adultez con una propuesta de gradualidad de contenidos (que sí es la propuesta de la escuela por ejemplo). Por otro lado, porque aunque los significados varíen entre quien enuncia y quien escucha (entre otras cuestiones por la edad de los sujetos involucrados), las palabras pueden ser apropiadas/repetidas por NNyJ generando preguntas por su sentido e incorporándolas a su repertorio. A partir del análisis de las explicaciones dadas por los adultos en distintas situaciones y ante diferentes interlocutores puede identificarse una regulación de lo decible/escuchable en términos de regímenes de lo adecuado, o dicho en otra forma: un orden moral. Otro elemento a analizar es que las frases que circulan vehiculizan sentidos que tienen efectos sobre las relaciones en el barrio en tanto pueden, por ejemplo, desencadenar peleas entre vecinos y familiares, o incluso intervenciones sobre las familias desde las instituciones estatales u organizaciones sociales cuando el contraste entre modos diferentes de conceptualizar las infancias, juventudes, familias o modos de crianza entran en disputa.

Permisos y transgresiones: tiempo y espacio como eje de la alteridad etaria.

En esta sección nos interesa, a través de la observación de los permisos y trasgresiones de los NNyJ, profundizar en el espacio como un campo en el que se produce el “proceso mismo de construcción y disputa de alteridades etarias” (Kropff, 2011). Se trata del análisis de los conflictos por la regulación del tiempo y el espacio para definir, afianzar o discutir el tipo de relaciones entre edades (jerarquías, autoritarismos, capacidades de agencia). Ejemplificaremos con dos formas en que esto se produce y que funcionan como dos caras de una misma moneda: por un lado cuando se imponen prohibiciones de usos de determinados espacios y tiempos como forma de castigo por transgresiones realizadas, y por el otro cuando se delimita con espacios y tiempos lo que es posible hacer.

El discurso de los que están a cargo de los más chicos -adultos, a veces jóvenes-, contiene muchas marcas espaciales y temporales para indicar las fronteras de lo permitido, lo tolerable y lo prohibido. “Hasta acá llegaste” es una forma expresiva del punto máximo de lo tolerable. “No te pases de la raya”, dibuja preventivamente el acercamiento a lo que no será permitido. “Te quedás sin salir”, es palabra de castigo. “Volvé antes que se haga de noche” indica la temporalidad del permiso. “Andá a jugar pero que yo te vea” construye el espacio sobre el que puede moverse. “Anda mal en la escuela así que no puede salir”,

revela cómo de un incumplimiento en un ámbito de la vida, se traspone un castigo a otro ámbito. Estas dinámicas no tienen novedad, son antiquísimas en los modos de crianza y las estrategias de socialización de la sociedad hacia sus nuevos miembros en todas las clases sociales. Nuestro aporte es utilizarlas para comprender la construcción de la estructura etaria y de género, y el tipo de relaciones que se establecen.

En el barrio los límites del territorio autorizado para que los niños circulen en soledad o en compañía de otros niños de su edad se superponen aproximadamente con la cuadra, y se extiende a otros puntos donde se ubican las instituciones que frecuentan o donde se sabe que hay algún vecino o pariente. Si quieren “irse para otro lado” los niños se ven obligados a volver a su hogar y “pedir permiso”. Diariamente nos encontramos con situaciones de niños y jóvenes amenazados o castigados. Generalmente las amenazas giran en torno a los lugares a donde ellos tienen permitido ir, colocando como parámetro la lejanía o cercanía de la propia vivienda. En la adolescencia y juventud, son mayormente varones quienes pasan prácticamente todo su tiempo libre en la calle, junto a otros pares. Por lo tanto, prohibir la salida del hogar, es uno de los castigos más frecuentes. Las mujeres, que se encuentran muchas veces más escolarizadas que los varones –y o solo por esto-, permanecen menos tiempo que ellos en la calle. En este caso, el comportamiento “no deseado” para las mujeres se vincula a las salidas con determinadas personas. Ellas son más vigiladas en cuanto a la compañía, el miedo de los padres es mayor, y por tanto se las controla más. El recurso utilizado por las jóvenes para transgredir muchas veces es la mentira¹⁷. En algunas ocasiones, la regulación de la espacialidad de niños y jóvenes, negando permisos para ir a determinados lugares en ciertos horarios, tiene como objetivo restringir los vínculos que el uso de los espacios habilita.

Una amenaza recurrente cuando hay reincidencia en las transgresiones consiste en proponer un traslado territorial, a mayor distancia mientras más grande se considere la falta: “te voy a mandar a vivir con tu hermana” (en otro barrio) o, “te mando al Chaco” (provincia de origen). El traslado a las regiones de origen de la migración familiar, donde hay parte de la familia extensa, ha sido registrado exclusivamente para adolescentes y jóvenes varones, y

¹⁷ Las mismas situaciones han sido registradas por otros investigadores en trabajos con sectores sociales semejantes (Artiñano, 2009; Silba, 2011).

se funda en la dificultad de evitar que se reúnan con pares no deseados por sus padres o realicen prácticas vinculadas con el consumo y la comercialización de drogas, el robo, inasistencia o negación de ir a la escuela y/o situación de no trabajo. Cualquiera de ellas, o en general el entrecruzamiento de varias, llevan a la aplicación de este castigo excepcional. Esta medida última adoptada por los cuidadores para que se respeten las normas establecidas, contribuye en todos los casos encontrados –pero podría ser justamente lo inverso- a una mejora en la economía doméstica al reducir el número de integrantes del hogar ya que el individuo saliente por distintos motivos no realizaba aportes en esta economía familiar.

Permisos o negaciones, retos, amenazas y castigos se presentan como modos de regular el comportamiento de niños y jóvenes, pero en tanto se aplican muchas veces sobre sus posibilidades de vivir el espacio, constituyen también elementos reguladores de su espacialidad, temporalidad y de las relaciones que éstas habilitan. Funcionan como soportes materiales de mecanismos de control destinados a moldearlos como sujetos sociales, apuntalando la interiorización de normas y valores, y al mismo tiempo habilitan la capacidad de agencia del sujeto.¹⁸ La edad aparece entonces como uno de los criterios organizadores de la vida social de NNAYJ en el barrio, junto a la clase y el género. Cada uno de estos clivajes puede ser pensado en términos de diferenciales de poder, donde un grupo, en este caso niños, adolescentes, jóvenes, en otros, mujeres, varones o minorías étnicas o migrantes, ocupan un lugar de subordinación. El cruce de estas categorías da lugar a una intersección (Lugones, 2008) que moldea una espacialidad.

Palabras de cierre

La edad se construye en parte como dato social en la materialidad de los desplazamientos realizados, la autonomía del sujeto se hace palpable en la distancia espacial y temporal que se logra en relación a otros sujetos (sobre todo si se trata aquellos con los que establece relaciones de dependencia, ejemplo: madre, maestro). Según la ubicación en el sistema de grados de edad para nuestros interlocutores, salir del barrio involucra alejarse de las cuadras

¹⁸ Entendemos la agencia en el sentido de Judit Butler (2002).

que son habitualmente vividas, ir al centro o desplazarse a otra localidad. En uno u otro caso, tal posibilidad tiene lugar en compañía de alguien unos años mayor, ya sea hermano, primo o tío, que sin ser adulto, ya ha pasado por la experiencia y conoce cómo hacerlo. Esta es una característica relevante de su socialización y uno de los modos en que saberes y valores circulan y se instituyen.

La geografía de niños y jóvenes se moldea además en diálogo con los criterios de quienes están a su cargo y si bien muchas veces los límites espaciales son respetados, en ocasiones también son transgredidos. Al usar los espacios permitidos o prohibidos, subvirtiendo o respetando lo establecido, ellos negocian sus infancias y juventudes a partir de las interacciones con pares, personas de otros grupos etarios y con los lugares andados, creando determinadas espacialidades (Lopes y Vasconcellos, 2005; Muniz Figueiredo Costa, 2010).

A lo largo de este trabajo hemos intentado dar cuenta de diversos modos en que la edad y el espacio se interrelacionan en una construcción mutua. Entendemos que lo dicho es particular para el caso concreto de los NNyJ con que trabajamos. Y ello es así en vistas de su posición social en la interseccionalidad que crea la clase, edad, territorio y género. Sabemos que si esta posición modela la experiencia, las mismas situaciones pueden ser significadas de diversos modos dependiendo quién las vive. La relación entre niños de diversas edades, y sus jóvenes hermanos o parientes, limita y habilita espacialidades compartidas que de diversas maneras, y nunca linealmente, moldean modos de ser niños y jóvenes. En ello se juega una característica del grupo de personas con que trabajamos en tanto gran parte de su cotidianeidad no transcurre en espacios formalmente separados por y para grupos/grados de edad.

Bibliografía

- Artiñano, Néstor (2009) *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza en el inicio del siglo XXI*. Tesis de Maestría en Trabajo Social, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata. Acceso http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/2104/Documento_completo.pdf?sequence=1
- Bourdieu, Pierre (1999) *La miseria del mundo*. Barcelona: Ed. Akal.

- Bover, T., Hernández, MC, Chaves, M y Speroni, M. “Distancias: investigación etnográfica y militancia social con niños/as y jóvenes”. Actas electrónicas IX Reunión de Antropología del MERCOSUR. Curitiba, Brasil. 10 al 13 de julio 2011. Disponible en: http://www.sistemasmart.com.br/ram/arquivos/ram_GT03_Lic_Tomas_Bover.pdf
- Butler, Judit (2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Chaves, Mariana (2009) “Barrio y centro en La Plata: dinámicas generacionales y biográficas de apropiación del tiempo y el espacio” ponencia presentada en VIII Reunión de Antropología del MERCOSUR. Buenos Aires. Inédita.
- Chaves, M. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Chaves, Mariana (2011 en prensa) “Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia” en Carpio, Jorge Las políticas sociales urbanas y la construcción de ciudadanía. Buenos Aires, Paidós.
- Chaves, Segura, Infantino, Blanco, Bergé, Bover, Hernández, Fajardo, Giorgetti, Soler, Mutuverría, Fuentes y Mora “Ética, compromiso y política en la producción de conocimiento” en I Coloquio Internacional de Investigación Cualitativa “Investigación cualitativa. Logros, perspectivas, problemas y desafíos: Hacia una propuesta institucional”. CEIL-PIETTE-CONICET / UBA /UNLP. 9 y 10 de junio 2011.
- Corea, Cristina (1999) “Los Simpson o la caída del receptor infantil” en Corea y Lewkowicz. *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires: Lumen.
- Da Matta, Roberto (1997) *A Casa & A Rua*. Río de Janeiro, Rocco.
- Da Silva Mello Marco Antonio y Arno Vogel (2007) “Cuando la calle se transforma en casa: algunas consideraciones sobre habito et diligo en el medio urbano”. En: Cuadernos de Antropología Social N° 25, pp29-49.FFyL-UBA
- De Certeau, Michel (2000) *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Evans-Pritchard, E. E. (1977) [1940]. *Los Nuer*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Feixa, Carles (1996). En: En: J. Prat & A. Martínez (eds), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1996. pp. 319-335
- Feres J. C.; Mancero, X. *El método de las necesidades básicas insatisfechas (NBI) y sus aplicaciones en américa Latina*. 2001 (Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos, 7).
- Gutierrez, Alicia (2007). *Herramientas teórico-metodológicas de un análisis relacional para los estudios de la pobreza*. del 2007 Global Theme Issue on Poverty and Human Development, Council of Science Editors (CSE). <http://www.councilscienceeditors.org/globalthemeissue.cfm>
- Hall, Stuart (1997) “El espectáculo del ‘Otro’”. En: Stuart Hall, *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. pp. 419-446. Popayán-Lima-Quito: Envión Editores-IEP- Instituto Pensar-Universidad Andina Simón Bolívar. [1997]. 2010.
- Hannerz, Ulf (1993). *Exploración de la ciudad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández, M.F.; Chaves, M., Chimelaro, C., Cleve, A., Duarte, G.; Quinteros, A. (2010) “Pequeña ciudadanía: tensiones entre el derecho abstracto, las políticas públicas y la vida cotidiana de adolescentes en el B.A”. Actas electrónicas VI Jornadas de Sociología de la UNLP. La Plata, diciembre de 2010. ISBN 978-950-34-0693-9
- Indec (1984). *La pobreza en la Argentina. Serie de Estudios Indec n°1*. Buenos Aires.

- James, A., Jenks; C. y A. Prout 1998: *Theotizing Childhood*. Polity press, Cambridge.
- Kropff, Laura (2011). "Apuntes conceptuales para una antropología de la edad". En: *Avá*, revista de antropología, 16: 171-187.
- Lindón, Alicia (2005) "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias", en Reguillo, Rossana y Godoy, Marcial (Ed.). *Ciudades Translocales: espacio, flujo, representación*. México, ITESO/SSRC.
- Lindón, Alicia (2006) "Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial" (2006) en Ramírez Kuri, Patricia y Aguilar Díaz, Miguel (Coords.) *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México, ANTHROPOS.
- Lugones, María (2008) "Colonialidad y género" en *Tabula rasa*, No 9: 73-101, julio-diciembre 2008. Bogotá. Colombia.
- Magnani, J. (2002) "De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana", en *Revista brasileira de ciencias sociales*. Volumen 17 N° 49 pp. 11-29.
- Magnani, J. (1998), *Festa no pedaço: cultura popular e lazer na cidade*. 2. ed., São Paulo, Hucitec.
- Merklen, Denis. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Lopes Jader y de Vasconcellos (2005). *Geografia da Infância. Reflexões sobre uma área de pesquisa*. Juiz de Fora: FEME.
- Muniz Figueiredo Costa Bruno. (2010). *Crianças e suas geografías: processos de interação no meio técnico científico-informacional*. Programa de Pós-Graduação em educação. Niterói. Disponible en <http://geografiadainfancia.blogspot.com> (Abril 2010).
- Segura, Ramiro (2010) *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. IDES, Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires. Inédita.
- Silba, Malvina (2011) *Vidas plebeyas: cumbia, baile y aguante en jóvenes del Conurbano Bonaerense*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad Ciencias Sociales, UBA. Inédito.
- Ortner, Sherry (2005) "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna", en *Etnografías contemporáneas*. Año 1, N° 1. pp. 25-54. Buenos Aires, UNSAM, 2005.
- Thomassim, Luís Eduardo Cunha (2007). "Imagens das crianças da periferia em projeto sociais esportivos". En: Stigger, M P, Gonzáles, F J y Silveira R da (orgs) *O Esporte na Cidade*. Porto Alegre: UFRGS editora.